tomasen el pequeño trabajo de leerla en el santo Concilio, no insultarian tan insensatamente el culto de las imágenes; y si los fieles estuvieran mejor instruidos en este punto de religion, tampoco habria acerca de él tantos abusos que piden ser totalmente desterrados, como desea el santo Concilio.

Despues de lo que se ha dicho, parece que nada debia añadirse en esta esplicacion; pero hay fieles tan mal instruidos en la materia, que no estará de mas advertir por conclusion: *primero,* que las que llamamos Vírgen de la Concepcion, de la Soledad, de la Asuncion, del Carmen, del Rosario, del Pilar, de Guadalupe, de Nieva, de Monserrate y demas, no son Vírgenes sino diversas imágenes de la Vírgen, hechas ó pintadas por manos de los hombres para representar diversos pasajes de su santísima vida, como se ha dicho de las de Jesucristo, ó para recordar diversos motivos de darla culto en sus imágenes; *segundo,* que las imágenes aparecidas ó halladas, tampoco son otra cosa que imágenes antiguas, que la piedad de los cristianos ocultó al furor de la herejía perseguidora de las imágenes, ó á la devastacion sarracena; y *tercero,* que no piensen que hay en ellas, por grande que sea la veneracion en que se las tenga, ni por antiguas que sean, alguna divinidad ó virtud por la cual se las deba venerar ni pedir alguna cosa, ni poner en ellas la confianza, como dice el santo Concilio, sino que se las ha de honrar, porque son imágenes de la Santísima Vírgen que está en el cielo, y por ser sus imágenes se las ha de hacer reverencia, y lo mismo se ha de hacer á las imágenes de los Santos.

¿Hemos de hacer oracion tambien á los Angeles y á los Santos? — Si Padre, como á nuestros medianeros.

No solamente hemos de hacer oracion á la Santísima Vírgen para que, como Madre de Dios y Madre nuestra, ruegue á Dios por nosotros, sino tambien á los Angeles para que, como encargados por Dios del cuidado de nuestras almas, lleven á los pies del trono soberano nuestras súplicas y las apoyen con las suyas, y á los Santos para que, como amigos de Dios y hermanos nuestros, se interesen por nosotros. Véase sobre esto la esplicacion de la Comunion de los Santos (1).

(1) *Fol.* 74.

¿Qué cosas son los Angeles? — Unos espíritus bienaventurados que están gozando de Dios en el cielo.

Los Angeles son unas criaturas puramente espirituales, que existen independientes de todo cuerpo, á diferencia de las almas, que siendo tambien espirituales, forman con el cuerpo humano este sér que llamamos *hombre*. Los Angeles no fueron criados en la tierra como el hombre sino en el cielo, ni en el mismo dia sino cinco antes, porque el hombre fue criado en el sesto dia del mundo y los Angeles en el primero, segun el comun sentir de los intérpretes de la Sagrada Escritura. Tampoco fueron criados sucesivamente, como lo son las almas, sino todos en un mismo momento. Su número nos es desconocido, pero sabemos por muchos pasajes de la Sagrada Escritura (1) que es crecidísimo, y que se compone de nueve órdenes, que llamamos coros angélicos, y son : Angeles, Arcángeles, Principados, Potestades, Virtudes, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines. Fueron dotados de un entendimiento sumamente claro y de una voluntad perfectamente libre. En su creacion recibieron el inestimable don de la gracia santificante, es decir, que fueron criados en el estado de la inocencia y justicia original como el hombre, y que tuvieron como él entera libertad para obrar bien ó mal ; pero su libertad no duró, ni años, ni meses, ni dias, ni aun horas, como la del hombre, sino solo momentos. Apenas habian salido de las manos del Criador, cuando un gran número, que se cree fué la tercera parte, pecó, y quedó reprobada para siempre. El capitan de esta enorme masa de réprobos fué un Querubin, que se llamó despues Lucifer. Ensoberbecido con su hermosura : Subiré al cielo, dijo en su corazon (2) ; pondré mi trono sobre los astros de Dios; seré semejante al Altísimo; pero este primer soberbio y príncipe de todos los soberbios fué precipitado en aquel mismo momento desde la altura del cielo hasta la profundidad del abismo, y en su espantosa caida arrastró consigo una multitud de Angeles de todos los coros, que habiéndole imitado en la soberbia, le acompañaron tambien en el castigo. Los demas conservaron su

(1) *Job.* 33, 23. *Dan.* 7, 10. *Hebr.* 12, 22. *Apoc.* 5, 11. — (2) *Isai.* 14, 13, 14.

principado, esto es, perseveraron en la gracia, y con ella merecieron la posesion eterna en la gloria.

Este asombroso suceso, que pasaba en el cielo el primer dia del mundo, se verificó en tres momentos que llaman instantes angélicos. En el primero, todos los Angeles tuvieron gracia y libertad. En el segundo, la tercera parte, desatendiendo las inspiraciones de la gracia y abusando de la libertad, pecó, y se hizo rea de un castigo eterno, mientras que las otras dos, correspondiendo á las inspiraciones de la gracia y usando bien de su libertad, merecieron un premio eterno. En el tercero, los Angeles malos fueron condenados y sepultados en el infierno, y los buenos fueron premiados y avecindados en el cielo. Tal es el orden con que se verificó la salvacion de los Angeles fieles y la condenacion de los rebeldes. Admiremos aquí, cristianos, y bendigamos la bondad inmensa de Dios, que premia con un cielo eterno la fidelidad de un momento; pero estremezcámonos tambien al ver el rigor con que su divina justicia castiga con un eterno infierno la infidelidad de otro momento. ¡Ah! ¿Qué sería de nosotros si nos tratara el Señor como á sus Angeles, arrojándonos al infierno en el instante en que pecamos? ¿Dónde nos hallaríamos ya en este momento? ¡No, Dios mio, jamas seremos los hombres bastante agradecidos á esa paciencia adorable que usais con nosotros contínuamente, y que ni una sola vez usásteis con vuestros Angeles!

¿Para qué los crió Dios? — Para que eternamente le alaben y bendigan.

Todos los Angeles fueron criados para alabar y bendecir á Dios en el cielo. El infierno fue obra del delito de los Angeles rebeldes. Dios, infinita y eternamente feliz y glorioso en sí mismo, quiso comunicar fuera de sí su felicidad y su gloria. Para esto crió Angeles y hombres, capaces por su entendimiento y voluntad de participar de ella, esto es, de conocer su divina esencia y soberanas perfecciones, de ver á Dios cara á cara, y de gozar de su infinita hermosura, porque en esto consiste la gloria de los Angeles y de los hombres. Crió esos inmensos cielos que nos cubren, y sobre ellos el cielo Empíreo ó supremo, que llamamos el Cielo de los cielos, y le destinó para su corte soberana, donde los Angeles y los hombres le viésemos sobre el trono

de su gloria, y le gozásemos. Desde el principio del mundo están los Angeles buenos en esta soberana corte, viendo á Dios y gozándole. Tambien los hombres habrian sido trasladados á ella en cuerpo y alma, despues de haber vivido sobre la tierra el tiempo que al Señor hubiese agradado, si el estado de la inocencia hubiera permanecido; pero perdido este por el pecado de Adan, el cielo se hizo de bronce para los hombres, y ya no hubo entrada en él por mas de cuatro mil años, hasta que Jesucristo la franqueó con su pasion y muerte, y subió triunfante al cielo. Los Angeles son como los cortesanos, que asisten y sirven al Rey de la gloria. Así nos lo representa el profeta Daniel diciendo (1): millares de millares de Angeles servian al Señor, y diez mil veces cien mil (que componen mil millones) le asistian. Los Angeles no han sido criados solamente para ver á Dios y gozarle como los hombres, sino tambien para asistir al rededor de su trono soberano y servirle.

¿Y para qué mas? — Para que como ministros suyos gobiernen la Iglesia y guarden los hombres.

La Iglesia es aquella misteriosa Eva que salió del costado del segundo Adan dormido sobre el árbol de la cruz. Es aquella esposa del Cordero que á costa de sudores, afanes y fatigas se atavía en el mundo para merecer ser admitida á celebrar su desposorio en el cielo. Es aquella Jerusalen de la tierra que se fabrica de piedras animadas y labradas con el martillo de los trabajos, y que se pulimenta con el cincel de las persecuciones para formar la Jerusalen del cielo. ¡Cuánta sangre no ha derramado desde su nacimiento esta esposa santa! ¡Cuánto polvo y sudor no ha cubierto su hermoso rostro! Perseguida desde la cuna por los judíos, que la miraron como una escandalosa, y despreciada por los gentiles, que la trataron de loca, apenas tuvo otro suelo que pisar en el discurso de mas de trescientos años que el que regaba su sangre. A estos encarnizados y poderosos perseguidores se asociaron sucesivamente los herejes y cismáticos para despedazar tambien su seno. ¡Qué de persecuciones esteriores é interiores! No se puede leer la historia de la Iglesia sin asombrarse al ver navegar esta barquilla por entre tantas borrascas sin anegarse.

(1) 7, 10.

Pasan años, pasan siglos, se suceden las tormentas, se abren continuos abismos para tragarla; pero ella sobrenada siempre, y sigue su rumbo como una nave empavesada sobre un mar en leche. ¿Quién, pues, dirige, quién sostiene este bajel admirable para que no se anegue entre tan desechas tempestades, ó se estrelle contra tantos escollos? Jesucristo. Este es el gran Capitan de la nave de la Iglesia. Pero ¿quién son los pilotos? Los Angeles, criados por Dios, no solo para verle y gozarle, no solo para asistir al rededor de su trono soberano y servirle, sino tambien para que, como ministros suyos, gobiernen la Iglesia y guarden los hombres.

¿Luego vos Angel de guarda teneis que os guarde? — Sí tengo, y cada uno de los hombres tiene el suyo.

Dios ha mandado á aquellos astros de la mañana que brillan al rededor de su trono soberano, á aquellos espejos de la Divinidad en que reverbera su luz inmensa, á sus Angeles, que nos acompañen y guarden (1). ¡Quién lo creeria si la fe no lo enseñára! Si se hubiera dejado á nuestra eleccion escoger una guia que nos accompañase y dirigiese en este mundo, ¿nos habríamos atrevido á pedir por compañero un Príncipe de la gloria? Ciertamente que no. Pues lo que nosotros no nos hubiéramos atrevido á pedir, ni aun á pensar, nos lo ha concedido la bondad inmensa del Señor. Olvidándose, por decirlo así, de la nobleza de sus Angeles y atendiendo solamente á nuestra flaqueza les ha mandado que nos acompañen y guarden. ¡Bendita sea eternamente su inmensa caridad que tan tiernamente nos ama, y su adorable providencia, que tan admirablemente cuida de nosotros! ¡Qué felicidad tener siempre en nuestro destierro por compañero un Sabio de los consejos de Dios y por defensor un Príncipe de la milicia del cielo!

Y ¿cuál deberá ser nuestra conducta, viviendo siempre en compañía y á la vista de este celestial compañero? La presencia de un Angel de Dios, que está siempre á nuestro lado, debe causar en nosotros una modestia contínua y una compostura en todo; debe producir pureza en nuestros pensamientos y deseos, limpieza en nuestras palabras y conversaciones, compostura en nuestras acciones, y justicia en toda nuestra conducta, porque no parece

(1) *Ps.* 90, 11.

posible que faltemos á la reverencia que se merece el Angel de nuestra guarda, sin que nos olvidemos primero de que está en nuestra presencia. Hasta dos veces se postró el Evangelista san Juan (1) á los pies del Angel del Apocalipsis, creyendo que era el mismo Dios. ¡Tanta era su hermosura y majestad! Estando yo, dice el Profeta Daniel (2), á las márgenes del caudaloso Tígris, vi un Angel vestido de blanco y ceñido con una banda de oro finísimo. Su cuerpo era como un crisólito; su rostro una especie de relámpago, y sus ojos como antorchas encendidas; sus brazos, y de allí abajo hasta los pies, semejante á un bronce reluciente. Al verle me desamparó el valor, me cubrí de palidez, perdí las fuerzas y caí sobre mi rostro, quedando mi cara pegada con el suelo. ¡Oh! si en cualquier momento de nuestra vida se manifestase á nuestra vista el Angel que siempre nos acompaña, ¿seríamos nosotros mas ilustrados que el Evangelista para no adorarle como Dios, ó mas fuertes que el Profeta para sostenernos en pie? ¿No caeríamos sobre nuestros rostros mas asombrados que ellos? Y si tanto respeto nos causaria verle una sola vez con los ojos corporales, ¿cuánto no nos deberá causar estarle viendo siempre á nuestro lado con los ojos de la fe? Temerario pecador, ¿cómo tienes osadía para hacer en la presencia de un Angel lo que no te atreverias ni aun á pensar en la presencia de un hombre que viera tus pensamientos? No cuentes con la soledad ó las tinieblas. Tu Angel está siempre contigo en la soledad, y para sus clarísimos ojos no hay tinieblas.

Pero si la presencia de nuestros Angeles de guarda exige de nosotros una vida pura y virtuosa, los beneficios, que constantemente nos dispensan, exigen tambien de nosotros un continuo agradecimiento y fiel correspondencia. Nuestros Angeles de guarda, dicen los teólogos, iluminan nuestro entendimiento, acomodando á nuestra capacidad las verdades de nuestra salvacion, y mueven nuestra voluntad, sugiriéndonos buenos pensamientos y deseos. Alejan de nosotros las ocasiones de obrar mal, y nos proporcionan las de obrar bien. Contienen á Satanás para que no nos atropelle, y nos defienden de este leon hambriento para

(1) 19, 10; *id.* 22, 8. — (2) 10, 14.

que no nos devore. Nuestros Angeles de guarda, dicen los libros santos (1), nos llevan en sus manos para que no tropecemos, y si á pesar de su cuidado, usando nosotros mal de nuestra libertad, nos desprendemos de sus brazos y nos arrojamos al abismo de la culpa, aun entonces no nos desamparan. Reprueban nuestro delito, pero se lastiman de nuestra desgracia, y nos ayudan, si tratamos de salir de tan deplorable estado. Nuestros Angeles de guarda hacen presentes á Dios nuestras oraciones y nuestros méritos, no porque Dios los ignore, sino para unir á ellos sus oraciones y sus méritos. Finalmente, nuestros Angeles de guarda cuidan de nosotros tan constantemente, que jamás nos pierden de vista, y al mismo tiempo que gozan de Dios y le alaban, piden nuestra salvacion y cuidan de nosotros. ¡Cuánta reverencia, cuánto amor, cuánto reconocimiento no debemos al Angel de nuestra guarda!

M. *Pues tenedle mucha devocion, y encomendaos á él cada dia.*

Despues de la Santísima Virgen, á ninguna pura criatura debemos mas devocion, mas amor y mas cariño que á los Angeles de nuestra guarda; á ninguna debemos acudir con mas fervor y mas frecuencia. Ellos son los encargados por Dios de nuestra custodia, y en cumplimiento de este soberano encargo nos cuidan como un sagrado depósito que Dios ha puesto en sus manos; nos miran con una dulce aficion, y nos tratan con una esmerada vigilancia; y á la manera que los hermanos mayores toman de la mano á sus tiernecitos hermanos en los malos pasos, para que no caigan y se lastimen, asi nuestros Angeles de guarda, que son nuestros hermanos mayores, nos llevan de la mano por los malos pasos de este mundo, para que no caigamos y nos lastimemos. ¡Tan entrañable es el cariño con que nos tratan, y tan esquisito el cuidado con que procuran que no tropecemos en la ocasion, ni caigamos en la culpa! ¡Tal y tan grande es el deseo y empeño que tienen por conducirnos á la gloria! ¡Cuál, pues, deberá ser nuestra confianza en estos conductores celestiales! ¡Cuál nuestro agradecimiento y fiel correspondencia á sus angelicales desvelos!

Alma abismada en la culpa, corresponde á los deseos de tu

(1) *Exod.* 23, 20; *Ps.* 90, 12.

buen Angel. Trata de salir de ese lastimoso estado. Sabe que no te ha desamparado, aunque lo tienes bien merecido, y que si emprendes salir de él, te ayudará solícito y diligente; pero si te obstinas en continuar en un estado tan lamentable, llegará la muerte acaso cuando estés mas descuidada, y en un momento te hallarás en el juicio soberano. Allí te acompañará todavía tu buen Angel, pero ya allí nada podrá hacer por ti. Allí ya no hará otra cosa que presentar un alma obstinada, que ha inutilizado cuantas diligencias ha hecho por salvarla: un alma que se ha perdido á su vista, y en su misma compañía, y que le ha privado de la gloria de llevarla consigo al reino de los cielos. ¡Alma inmensamente desgraciada! En aquel terrible momento tu Angel te desamparará para siempre; se retirará de ti triste y afligido, si es que puede afligirse un Angel, y con su ausencia hará lugar al demonio para que entre á ocupar su puesto y á ser tu compañero, mejor diré tu verdugo, por toda la eternidad. ¡Cambio horrible, que solo imaginado estremece, pero cambio inevitable si no sales del pecado!

Y tú, alma virtuosa, que respetando la presencia continua de tu buen Angel, llevas una vida pura y ajustada, y que dócil á sus inspiraciones, procuras corresponder á las diligencias que este encargado de Dios practica por salvarte, no temas. Él te llevará por el desierto de este mundo á la tierra prometida; él te presentará triunfante de tus enemigos á los pies del Juez soberano. Allí verás la multitud de peligros de que te ha librado sin que tú lo hayas advertido: las continuas peleas que ha sostenido por defenderte, y las esquisitas diligencias que ha practicado para salvarte. ¡Cuál será allí tu agradecimiento á este compañero fiel, y tu reconocimiento á este bienhechor celestial! ¿Encontrarás palabras ni espresiones con que manifestársele? Pero sobre todo ¿cuál será allí tu gozo y tu enajenamiento al ver que este Angel del Señor te toma de la mano, y se encamina contigo al reino de los cielos; que te introduce en sus gloriosas moradas y te coloca á su lado para ver á Dios y gozarle por toda la eternidad en su compañía y á su vista? ¡Ah! este gozo puede esperimentarse, pero no puede esplicarse.

¡O Angeles de nuestra guarda! guardadnos con tanto empeño que consigais el triunfo de llevarnos al reino de los cielos. ¡O nuestros queridos Angeles! no permitan los cielos

que nos apartemos jamás de vuestra compañía. Conocemos y confesamos lo mal que hemos correspondido hasta aquí á los buenos oficios que continuamente habeis hecho con nosotros desde que vinísteis del cielo á custodiarnos. Olvidaos, Príncipes celestiales, de nuestra infiel correspondencia. Nosotros prometemos desde ahora proceder con todo el respeto que os debemos, y con toda la compostura que pide vuestra angelical presencia. Prometemos corresponder fielmente á vuestros cuidados y diligencias. Continuad, Angeles del Señor, compañeros incomparables, celestiales bienhechores, continuad vuestros desvelos por nuestra salvacion. Defendednos de nuestros continuos y terribles enemigos; apartad de nosotros las ocasiones; libradnos de los peligros y alcanzadnos del Señor las gracias que necesitamos para vivir en la virtud, morir en su divina amistad y entrar, conducidos de vuestra mano angelical, en las mansiones de la gloria, á ver á Dios y gozarle en vuestra amabilísima compañia por los siglos de los siglos. Amen.

TERCERA PARTE

EN QUE SE DECLARA

LO QUE SE HA DE OBRAR.

Ya *hemos visto lo que habeis de creer y orar; veamos cómo sabeis lo que habeis de obrar.*

Se dijo ya (1) que no hay en el hombre palabra, obra, pensamiento ni deseo que no esté sujeto á una regla; que esta regla es la voluntad de Dios; y que la voluntad de Dios se conoce por los diez mandamientos de la ley, cuya esplicacion vamos á hacer en esta tercera parte; mas para proceder con claridad es necesario principiar desde su orígen.

Crió Dios al hombre para el cielo, pero no le colocó en él desde luego, sino sobre la tierra, á fin de que viviendo en ella justamente, le mereciese con sus buenas obras, y le consiguiese como premio de ellas, que es el modo mas glorioso de poseerle. Para esto imprimió en su alma la ley que habia de guardar, y cuyo cumplimiento le habia de hacer digno de él. Esta ley se llamó natural, porque la recibió con la naturaleza, y esta ley natural no es otra que los diez Mandamientos de la ley de Dios. Esta ley, que es la de todos los hombres y de todos los tiempos, ha padecido sus obscuridades, que el Señor ha cuidado de aclarar. A los dos mil y cien años de ser gobernado el mundo por ella, los pecados personales, añadidos al original, llegaron á derramar tan densas nieblas sobre el entendimiento humano, que apenas se distinguia ya ni aun lo mas esencial de ella. Casi todos los hombres se habian entregado á la mas grosera é infame idolatría; pero el Señor que velaba sobre su ley, escogió entónces entre todos los pueblos uno que la conservase. Este pueblo fué Israel, mas cumplió tan mal con su encargo, que á los cuatrocientos años tuvo el Señor que renovarla y escribirla en dos tablas

(1) *Fol.* 10.